

# ENCUENTRO SALVAJE

Kate Douglas



Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la cubierta, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos de la propiedad intelectual.

Título original: Wolf Tales  
Traducción: Silvina Merlos

- © 2006 Kate Douglas. Reservados todos los derechos
- © 2008 ViaMagna 2004 S.L. Editorial ViaMagna. Reservados todos los derechos.
- © 2008 por la traducción Silvina Merlos. Reservados todos los derechos.

Primera edición: Mayo 2008

ISBN: 978-84-92431-22-9

Depósito Legal: M-20887-2008

Impreso en España / Printed in Spain

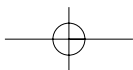
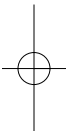
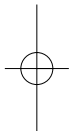
Impresión: Brosmac S.L.

© Valery  
[www.valery.es](http://www.valery.es)  
[editorial@valery.es](mailto:editorial@valery.es)

Editorial ViaMagna  
Avenida Diagonal 640, 6ª Planta  
Barcelona 08017  
[www.editorialviamagna.com](http://www.editorialviamagna.com)  
email: [editorial@editorialviamagna.com](mailto:editorial@editorialviamagna.com)

Mis sinceros agradecimientos a  
Margaret y Bill Riley, propietarios y fundadores  
de Changeling Press, que proporcionaron  
un terreno fértil para mis chankus.  
Y un agradecimiento muy especial  
a mi representante, Jessica Faust, que  
demostró ser más persistente que yo.

**PARTE I**  
**STEFAN**



## CAPÍTULO 1

Xandi se apartó el airbag desinflado del regazo y utilizó el último pañuelo de papel que tenía para limpiar el parabrisas, sabiendo que eso no la sacaría del aprieto en el que se encontraba. Todo era blanco a su alrededor. Al menos todavía era de día. A pesar de eso, le temblaban las manos, y se aceleraban los latidos de su corazón. Se detuvo un momento, apretando con fuerza el pañuelo contra el parabrisas y luego se obligó a inspirar hondo y lento. Respirar aceleradamente no le ayudaría en nada.

«Ve el lado positivo. Al menos todavía es de día. Esto podría haber sucedido de noche».

La idea hacía que su corazón latiera incluso más fuerte.

Patinó al menos cien metros ladera abajo y aterrizó sobre un montículo de espesa nieve y densos matorrales. Su pequeño Sedán blanco se inclinó hacia un lado, atrapado por completo entre árboles jóvenes y arbustos. La nieve espesa que caía rápidamente ya cubría el capó, y probablemente, también el techo del coche. Volvió a mirar su teléfono móvil. Maldita sea. Aún no tenía señal. El estrecho desfiladero en el que había caído debía de estar bloqueándola.

Permanecer en el automóvil era una opción, al menos hasta que se calmara la tormenta, pero se había estrellado con fuerza y enterrado profundo, y no había señales de que el mal

KATE DOUGLAS

tiempo fuera a cesar. Las puertas ya estaban atascadas por el peso de la nieve, y las ventanillas se encontraban cubiertas casi por completo.

No era probable que alguien estuviera buscándola, pero, si así fuera, ¿quién podría encontrar un pequeño automóvil blanco enterrado debajo de una tonelada de blanca nieve? Tendría que tomar una decisión, y pronto, antes de morir asfixiada.

Xandi cogió su chaqueta del asiento trasero, se aseguró de que sus botas estuvieran bien amarradas, de llevar puestos los guantes y de que el sombrero le cubriera las orejas. Lentamente, bajó la ventanilla, quitando la pesada nieve para que no cayera sobre su regazo.

La ironía de la situación no le era ajena. Tenía mucho tiempo de vacaciones acumulado en el trabajo, y se había tomado parte. Le había dicho a sus amigos y compañeros de trabajo que necesitaba irse para reflexionar seriamente sobre los cambios que debía hacer en su vida. Insistió en que no era necesario darles detalles sobre sus planes, ya que solo se iría un par de semanas y no se encontraría lejos.

Pues bien, no llegó realmente lejos. Solo se había alejado cerca de veinticinco kilómetros de Portland antes de que el maldito vehículo sacara a su coche de la carretera. Se preguntaba si el camionero que se había atravesado delante de ella tenía idea de lo que había hecho.

Se preguntaba si al menos le importaba.

Le temblaban las manos mientras se quitaba los copos húmedos de las pestañas y observaba a través de la ventana abierta, hacia arriba, por la larga pendiente. Frío. Sentía tanto frío. Y estaba asustada.

—Cállate.

Comenzó, sorprendida por la vehemencia en su propia voz. Esa situación no encajaba con los densos copos de nieve y la imagen de postal de ramas de pinos inclinadas por el peso. Tampoco encajaba con sus planes, el motivo por el que había decidido partir a pesar de la tormenta. Simplemente no encajaba.

## ENCUENTRO SALVAJE

Nada encajaba.

La carretera no podía estar muy lejos sobre ella, a pesar de que era difícil distinguir desde allí abajo en las actuales condiciones de la tormenta de nieve. Cualquier rastro dejado por su automóvil ya habría desaparecido. No perdió el conocimiento, pero había pasado mucho tiempo desde que se encontró en el asiento delantero con el airbag desinflado sobre el regazo, intentando pensar en las cosas buenas de la vida. Mientras tanto, la nieve seguía cayendo.

Por supuesto, debía agradecer el hecho de que todavía estuviera con vida después de precipitarse por la empinada pendiente a más de cien kilómetros por hora. Últimamente, no había sido tan afortunada. Inspiró profundo, sin pensar en todas las estupideces referidas a la vida de Alexandria Olanet, al menos por ahora. Con suerte, subiría la colina antes de que oscureciera y haría autoestop para volver a la ciudad. Todo eso por su gran aventura.

Todo eso por ocuparse de su vida.

Quitó el resto de nieve de la ventanilla abierta, cogió el pequeño bolso de cuero, se abrió paso con dificultad por la abertura y salió desplomándose sobre la nieve.

Tenía las manos y los pies dormidos y había perdido el mitón de la mano derecha junto con su teléfono móvil hacía horas. La nieve se arremolinaba en ráfagas oscuras mientras caía la noche. Obviamente, había perdido el rastro de la carretera, pero ¿dónde diablos estaba?

Frotándose la helada nariz con una mano, Xandi contuvo un sollozo. Las lágrimas no le ayudarían. Era demasiado tarde, y con semejante frío, se le congelarían en el rostro. Estaba demasiado oscuro para seguir, y tenía mucho frío y cansancio.

Sintiéndose atontada y estúpida, miró a su alrededor, preguntándose cómo se las ingeniaría para construir un refugio cuando lo único que podía ver a su alrededor era nieve y sombras oscuras.

KATE DOUGLAS

«Diablos». Era todo culpa de Jared. Bueno, Jared y su rubia ninfa. ¿Alguna vez se libraría de la humillación, del nudo en el estómago? No había desaparecido, ni siquiera una vez durante la semana pasada... no desde que había entrado a su dormitorio, el que había compartido con su prometido durante el último año, y lo había encontrado desnudo con el rostro enterrado entre las piernas de esa perra.

Lo peor de todo fue la reacción de la mujer. Ni siquiera se había alterado. No, solamente le había sonreído a Xandi con una mirada de desenfundada satisfacción, sino que había abierto las piernas aún más y fingido un orgasmo. No podía ser real ya que el tiempo era muy bueno, pero a Jared parecía no importarle.

Mientras Xandi seguía de pie allí, paralizada, Jared levantó la cabeza, con el rostro manchado con los fluidos de la otra mujer, y la observaba con mirada estúpida, parpadeando como el idiota que era.

En cierto modo, ella pensó, era algo bueno. Muy bien, se le había caído la autoestima al suelo, pero al menos había descubierto la verdad antes de contraer matrimonio con él. Si sólo hubiera escuchado a sus amigos... Habían intentado advertírselo, le habían dicho una y otra vez que se alejara antes de que fuera demasiado tarde.

Ahora, quizás lo era. Había caído la noche. La nieve se arremolinaba en ráfagas más fuertes. Había dejado de temblar, no podía sentir los pies, no podía mover las manos. Una calidez casi reconfortante se apoderó de ella. Suspirando, sintiendo más arrepentimiento que temor, Xandi se desplomó lentamente sobre la suave y acogedora nieve.

Calidez. La sensación de calidez, y de satisfacción, más maravillosa. Con un suspiro, Xandi se acurrucó entre las mantas, sintiendo un leve cosquilleo en los dedos de los pies y de las manos, una sensación de calor a su alrededor, de peso, comodidad y seguridad.

## ENCUENTRO SALVAJE

Y algo muy grande, muy largo, muy sólido, se metió con fuerza entre sus nalgas desnudas, recorriendo la línea de sus labios y reposó caliente y duro contra su clítoris. Parpadeó y abrió los ojos, pero solo vio oscuridad.

Ya despierta, sintió una suave respiración haciéndole cosquillas en la nuca, brazos cálidos que la rodeaban, un cuerpo fornido, musculoso, que envolvía el de ella. Se mantuvo muy quieta, y aunque no se sentía preparada para ello, intentó poner sus ideas en claro. Muy bien... recordaba haberse perdido en una tormenta de nieve, haber pensado en construir un refugio, recordaba... casi nada. Sólo la sensación de que era demasiado tarde, de que sentía demasiado frío... luego, nada.

El cuerpo detrás de ella cambió. El gran pene —al menos eso lo reconocía— se deslizó contra su clítoris mientras la persona que la sujetaba, empujaba sus caderas un poco más cerca de las de ella.

Xandi tosió. Quienquiera que fuera, obviamente le había salvado la vida. Todo el mundo sabía que los cuerpos desnudos irradiaban más calor, pero, en realidad, ella nunca había pensado en la idea de despertar en la oscuridad, protegida por un cuerpo desnudo totalmente desconocido. No, en realidad eso no había cruzado su mente... al menos hasta ese momento.

Luchó contra la necesidad de dejar salir una risa tonta. Nervios. Tenían que ser los nervios. Pero ella sintió que sus labios se relajaban, se hinchaban; era consciente de que su clítoris había comenzado a observar, oculto detrás de su pequeña capucha de piel, buscando un contacto más cercano con ese pene. Los brazos la cogieron un poco más fuerte. Una de las manos se movió y le cubrió un seno.

Ninguno de los dos habló. Él sabía cómo era ella. Ella no tenía ni idea de quién la sujetaba. No sabía qué edad tenía, de qué raza era; no tenía idea de nada.

«Te ha salvado la vida».

KATE DOUGLAS

Eso era. Arqueó la espalda, presionando su seno contra la gran mano que lo sostenía. En respuesta, gruesos dedos le apretaron el pezón. Contuvo un gemido. Jared odiaba que ella hiciera ruidos mientras tenían relaciones sexuales.

«No es Jared, idiota».

Los dedos la pellizaron más fuerte, estrujándole la piel. «Al diablo con esto». Ella gimió, separando al mismo tiempo solo un poco las piernas para poder acomodarse sobre el gran pene que parecía crecer cada vez más. Luego apretó los muslos alrededor de él, deslizando el trasero hacia atrás contra el duro vientre de él.

Ella sintió el denso vello púbico haciéndole cosquillas en el trasero. Se apoyó contra la dura base de su pene donde se erguía sólido desde su ingle y apretó los muslos una vez más, sujetándose a él. Sintió salir el aire de sus pulmones y luego las suaves caricias de cálidos labios en la oreja, la suave punta de la entrometida lengua de él que había rodeado el exterior, la suave ráfaga de su aliento.

Un escalofrío le recorrió la espalda. Lo cogió por las muñecas, sujetándose mientras él aún apretaba sus manos con fuerza contra sus senos. El vello de sus brazos era suave, casi sedoso. Ella trató de imaginarse a su amante oculto, pero antes de que la imagen le llegara a la mente, él gimió contra su oreja, y luego le pasó la lengua por el cuello.

Sintió un chisporroteo que le llegaba a la vagina, sintió que los labios de él le exploraban el cuello, mientras su inquieta lengua jugaba con los pequeños cabellos de la nuca. Las manos masajearon sus senos, apretaban sus pezones, para luego dejar que el dolor se disipara. Sus caderas presionadas contra ella, obligando a su pene a deslizarse muy lentamente hacia adentro y hacia fuera entre sus hinchados labios.

Volvió a gemir; el sonido le salió de la garganta antes de que ella reconociera que se trataba de su propia voz. El fuego que la rodeaba se intensificó. Quienquiera que fuera, quienquiera que la follara... y suspiró. Literalmente, él irradiaba fue-

## ENCUENTRO SALVAJE

go, calidez y pura lujuria carnal. Una de sus grandes manos se deslizó por el vientre de ella, sujetó su pubis y la presionó contra él. Mientras aún la cogía con fuerza con la mano izquierda por el antebrazo, sintió su dedo deslizarse entre sus piernas.

Las yemas de los dedos se detuvieron en su hinchado clítoris, aplicando una leve presión. Ella se quedó absolutamente quieta, temiendo que él se detuviera si ella se movía, temiendo su propia reacción por ese contacto íntimo con un perfecto extraño. Ella siguió sujeta a la muñeca que se encontraba cerca de su seno. Los dedos de su mano derecha se hundieron en los tendones de la parte inferior de su antebrazo, y todo en ella gritaba que empujara sus caderas hacia delante, rogándole que la acariciara, que enterrara más que un dedo en el calor húmedo entre sus piernas.

En lugar de eso, aunque le temblaba el cuerpo por la impetuosa necesidad de moverse, mantuvo sus caderas inmóviles. Tras un momento que podría haber durado por siempre, él frotó la yema del dedo alrededor de su clítoris cuidadosamente, introduciéndola en su húmeda vagina, en busca de un poco de esa humedad, para luego volver a acariciarla una vez más.

Contuvo un grito mientras la áspera yema de un dedo la tocaba nuevamente, con un movimiento circular que era tan suave que apenas podía sentirlo. Sus temblores aumentaron, al igual que su deseo y su casi incontrolable necesidad de inclinarse y empujar sus caderas contra él, para hacer que él entrara en ella.

No le importaba si él utilizaba su pene, su lengua, su dedo... ¡Diablos! En ese punto, él podría usar toda su mano y aún no sería suficiente. Contuvo un quejido mientras él cambiaba el sentido del masaje, moviendo la yema del dedo lentamente hacia arriba y hacia abajo sobre el pequeño órgano. Cada movimiento lo acercaba a su vagina. Más cerca, pero no lo suficientemente cerca.

KATE DOUGLAS

Contuvo la respiración cuando él se introdujo en ella; giró el grueso dedo alrededor de las paredes de su vagina y luego volvió a acariciarle el clítoris. Una pequeña parte de la conciencia de Xandi le recordaba que estaba teniendo relaciones con un completo extraño, que sus dedos estaban sujetando gruesos y musculosos brazos, que ella sujetaba los muslos alrededor del pene más grande que había sentido en su vida, y que todavía no había intercambiado una sola palabra.

Entonces le llegó, en un destello casi cegador, una epifanía personal de necesidad pura y carnal y de lujuria absoluta, que jamás, ni siquiera en su fantasía más disparatada, había estado tan excitada en toda su vida. Nunca se había sentido tan estrechamente ligada —mental, física y sexualmente— a nadie. Gimió con fuerza mientras el dedo de él volvía a deslizarse entre sus piernas. Ahora le acariciaba el clítoris con el dedo pulgar, y ese dedo grueso entraba y salía con cuidado de sus entrañas.

De pronto, la punta de la lengua le recorrió la oreja en espiral, luego se zambulló dentro. Sorprendida, empujó las caderas hacia delante, haciendo que los dedos de él la empujaran más hondo. Su respiración le hizo cosquillas en la parte superior de la oreja, la lengua giraba en el interior, dejándola caliente y húmeda, llena de promesas de lujuria.

Empujó con fuerza contra los dedos de él, quien aún sujetaba una mano contra su seno, empujando la otra entre sus piernas. Ella sintió la espesa ráfaga de fluido, su orgasmo que tomaba forma con cada empujón de su pene entre sus muslos, cada zambullida de sus dedos, cada...

Sin previo aviso, la apoyó sobre su estómago, soltándose de sus manos con suma facilidad. Cogió sus caderas y la levantó. Xandi gimió, extendiendo las piernas, dándole la bienvenida, rogando con su cuerpo. Con los ojos bien abiertos, solo vio oscuridad, perdió el sentido del espacio, perdió toda noción del tiempo. Se estremeció, al borde de una espantosa e interminable caída.

## ENCUENTRO SALVAJE

Sus grandes manos la sujetaron por la cadera, sosteniéndola con firmeza. Le masajeó el trasero durante un momento con los dos dedos pulgares, extendiendo las nalgas. Ella sintió su humedad en la yema del dedo de él, casi consciente de cada pequeño lugar de su cuerpo que entraba en contacto con el de suyo.

Se preguntaba cuánto podía ver él, si su visión nocturna era mejor que la de ella. Estaba tan oscuro como dentro de una cueva, dondequiera que estuvieran. No importaba cuánto lo intentara; no podía ver la suave cama debajo de ella, ni siquiera podía ver sus propias manos.

Tampoco veía las manos de él.

A pesar de eso, el vínculo persistía, una sensación de conexión, de necesidad, de deseo tan profundo que de repente se había vuelto parte de su existencia, de todo su mundo. Un vínculo que ella sabía que continuaría por siempre cuando él finalmente entrara en ella, la colmara de calor y latente necesidad.

La levantó más alto. Sus manos se deslizaban para sujetarle los muslos, elevándola para que sus rodillas no tocaran el colchón, para que su peso estuviera en sus antebrazos, con el rostro pegado contra el cojín.

Ella esperaba que su grueso pene llenara su vagina. Quería su pene, ahora. «¡Por favor, ahora!». Su respiración estaba atrapada en cortos y salvajes jadeos, le temblaban las piernas, y pendía allí en sus manos, esperando... esperando. Erguida en el aire, en lo alto, el frío aire soplaba acariciando su caliente y necesitada piel. Esperando que él la llenara.

En lugar de ello, sintió que él se alejaba, sintió que se hundía en el colchón mientras él cambiaba de posición... sintió la ardiente humedad de su lengua entre las piernas.

—Ahhh...

Su grito concluyó en un gemido. Él entrelazó los brazos alrededor de sus muslos y la elevó incluso más alto, mientras su lengua encontraba la entrada a su vagina, con los labios sujetando los hinchados labios de ella, succionando con la

KATE DOUGLAS

boca. Él la mordisqueaba y chupaba, atravesándola con la lengua, pellizcándola con dientes afilados, para luego bañarla con delicadas y cálidas caricias. De repente, sus labios rodearon su clítoris, y él succionó fuerte, presionando el pequeño y sensible órgano con la lengua.

Xandi no pudo contener un grito. Le sujetó la cabeza con ambas piernas, sintiendo unos ásperos bigotes, y la fuerte mandíbula. Su lengua daba vueltas y giraba, llenando su vagina, mientras ella se movía contra él. Era fuerte, más fuerte que cualquier hombre que ella hubiera conocido y la sostenía en lo alto, devorándola como una bestia hambrienta: su boca toda labios, lengua y afilados dientes.

Arrastró la lengua por su clítoris una vez más, le succionó los labios con sus propios labios y la llevó a otro orgasmo. Una vez más, lamiéndola ahora, yendo lentamente desde el clítoris hasta el ano, donde cada movimiento la llevaba más arriba, más lejos. La lengua de él le rozaba la piel, sumergiéndose en su húmedo centro, haciéndole cosquillas en el sensible clítoris, tocando el ceñido esfínter en su ano. Gimiendo agitada mientras le temblaban las piernas, Xandi luchaba por respirar, por tener otro orgasmo.

Él la dejó allí, nuevamente al borde. El aire frío le rozaba la húmeda piel, poniéndole la carne de gallina en los muslos y el vientre.

Él la hizo bajar hasta que sus rodillas se posaron una vez más sobre la cama. Ella sintió sus muslos calientes presionando contra los de ella, sus grandes manos sujetando sus caderas, la ancha y suave punta de su pene posada en la abertura de su vagina.

Lentamente, con gran cuidado y control, hizo presión contra ella. ¡Diablos! ¡Era enorme! Ella movió las piernas y relajó los músculos tanto como pudo. A pesar de eso, su piel se extendió y la lubricación de sus orgasmos facilitó el camino mientras él, lenta e inexorablemente, entraba en ella.

## ENCUENTRO SALVAJE

Sintió que él presionaba contra la boca del útero mientras sus testículos se apoyaban contra el clítoris y el pubis. Hizo una pausa, dándole tiempo a ella para adaptarse a su gran circunferencia y longitud y luego, comenzó a moverse.

Primero lentamente, facilitando la entrada, luego la salida, recorriéndola, sintiéndola. Xandi cogió el cojín entre las manos mientras tomaba ritmo. Dentro, fuera, dentro nuevamente. Los testículos le hacían cosquillas en el clítoris con cada cuidadoso empujón. Hizo presión contra él, obligándolo a llegar más profundo, invitándolo.

Él gimió y luego se internó con más fuerza. Ella lo tomó, se deleitó con el poder y la fuerza de su amante misterioso, sintió el principio de otro orgasmo, supo que esta vez no lo tendría sola.

Ella se inclinó hacia atrás entre sus piernas, sujetando el peludo saco de él entre los dedos justo cuando él empujaba con fuerza contra el cuello del útero. Su ahogado grito la alentó. Sonriendo, sintiéndose poderosa, femenina y muy fuerte, lo apretó con cuidado en la palma de la mano, sintió sus testículos contraerse, tensarse, acercarse a su cuerpo.

Deslizó un dedo por detrás del saco, presionó el área sensible, luego recorrió suavemente el camino hasta los testículos. Él golpeó contra ella, su cuerpo rígido con desenfrenado poder. Gritando como un guerrero, la golpeaba con mayor intensidad, más fuerte. Ella seguía sujetando sus testículos con fuerza pero con cuidado, hasta que el caliente borbotón de su simiente entró en ella.

Abrumada, muy estimulada, gritó y golpeó las caderas con fuerza contra su ingle. Sus músculos vaginales se contrajeron, envolviéndose alrededor de su pene, atrapándolo y sujetándolo cerca. De repente, la llenó aún más, su pene se hinchaba para adaptarse intensamente a los tensos músculos, encerrando su cuerpo cerca del de ella.

Fusionaron sus cuerpos. Una unión más profunda que el acto en sí, más poderoso que cualquier otra cosa que ella hubiera conocido.

Él se desplomó sobre su espalda y luego rodó hacia un lado, arrastrando a Xandi con él. Ella sintió la caliente ráfaga de su entrecortada respiración, la pulsación rítmica de su pene, el galope de su propio corazón. De repente, inexplicablemente exhausta, con la vagina contraída contra el calor de su pene aún sorprendentemente hinchado, Xandi se acurrucó contra su fornido cuerpo y dejó que sus ojos se cerraran poco a poco.

Mañana. Mañana descubriría quién era él.